



La liturgia del segundo domingo después de Navidad, nos invita a una reflexión más honda sobre el misterio del nacimiento de Jesús. El ejemplo que nos ofrece la Madre del Señor es todo un camino a seguir: regresó, con un asombro siempre nuevo, a lo que había reunido en su interior. Este domingo, nos hace volver al prólogo del evangelio de san Juan que ya se proclamó en la tercera misa de Navidad.

El asombro: la puerta de la alegría

El Papa Francisco afirma que **"el asombro es una puerta abierta a la alegría y muy a menudo llegan juntos"**.

¿Nos sigue sorprendiendo el misterio de la Navidad? ¿Todavía nos sorprende que Jesús es Dios-con-nosotros y Dios-hijo-con-nosotros. Viene como un niño y, por tanto, con el espíritu del niño.

¿Y cuál es el espíritu del niño? La infancia es pequeñez, es humildad que provoca admiración, asombro, asombro ante el que es más grande, el padre, la madre, el educador. Este asombro conduce espontáneamente a la confianza y al amor. Así es la infancia espiritual de la que tanto hablaron los hombres y mujeres de Dios. El Altísimo, en este misterio en el que se hace hombre, realiza, de hecho, el primer y verdadero acto de la infancia del mundo; es la infancia eterna de la que hablará Paul Claudel que,

en las vísperas de la Navidad en la Catedral de Notre-Dame de París, precisamente cuando los niños cantores entonaban el Magnificat, tuvo una fuerte experiencia religiosa y una profunda conversión ante la oscuridad del misterio que intuía, y que iba empapando su interior.



Si Dios ha venido como un niño es para enseñarnos a volver a serlo; para hacernos redescubrir estas cualidades de pequeñez, de admiración, de confianza que, por otro lado, es el camino que lleva al Reino de los cielos (Mt 18, 3-4).

Una señal prodigiosa

La liturgia de este tiempo nos invita a mirar asombrados el misterio de Navidad. Esto significa atreverse a reunir la historia en una sola frase: **"Dios entró en la historia para "salvarnos"**. Nuestro mundo está buscando señales que puedan orientar hacia **"horizontes despejados"**. La Navidad ofrece una señal a la humanidad: **"Verás a un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre"**.

Dios es tan grande que puede hacerse pequeño. Tan universal que es capaz de llegar a ser particular. Tan fuerte que puede presentarse débil, sin otra apariencia que la de un recién nacido.

Debemos desarrollar diariamente el sentido del

asombro ante tan grande misterio: **"Hoy os ha nacido un Salvador que está en Cristo, en la ciudad de David"** (Lc 2, 11). La Navidad es la fiesta de la **"sorpresa"** de Dios para el hombre y del hombre para Dios. **"Dios se hace hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios"**, comenta san Atanasio.

Mirada maravillada=alegría saludable

Sólo una mirada maravillada hará resonar en nosotros una alegría saludable, la de María y José. Hemos de adorar el misterio de Belén porque, de este modo, podremos ofrecer mejor a nuestro mundo una mirada saludable, que salva, que transforma que cura. **"Bendito sea el Señor que visita y redime a su pueblo"**, celebra la Iglesia cada mañana cuando, de la oscuridad de la noche, brota la luz de la aurora.

Es sorprendente que para Aristóteles la filosofía (el amor a la sabiduría) proviene de la oscuridad.

La Navidad es un misterio portentoso. Albert Einstein, el científico más grande del pasado siglo XX, afirmará: **"Siento la emoción más fuerte ante el misterio de la vida. Este sentimiento es el fundamento de lo bello y lo verdadero, da origen al arte y a la ciencia. Si alguien ya no puede sentir asombro o sorpresa, es un muerto viviente y sus ojos están ciegos"**.

¿Somos todavía capaces de maravillarnos con una vida humana, con una semilla que crece, en lugar de querer asfixiarla porque nos molesta? Si así lo hacemos es porque la oscuridad de la Navidad se ha transformado en nosotros en una luz deslumbrante.





Un salmo para rumiar

Sal 147, 12-13. 14-15. 19-20



**Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sión:
que ha reforzado los cerrojos
de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti.
Ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.
Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz.
Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.**

San Pablo, escribiendo a los efesios, les dice: «hemos sido creados para alabanza de su gloria» (1,12). Con estas palabras nos está indicando el sentido último de nuestra vida y la explicación más profunda a nuestra pregunta sobre el porqué existimos.

San Agustín, en su comentario al Salmo 146, afirmará: «Mientras cantas tienes que hacer alguna pausa; pero con tu vida debes cantar de manera que no hagas ninguna», porque la vida es un canto ininterumpido a la gloria de Dios. Dios es glorificado por lo que es en sí mismo y por lo que hace. Obra suya es la creación, pero sobre todo, la salvación. En su obra

brilla la omnipotencia, pero, especialmente, la misericordia y la fidelidad. En este día la Iglesia le glorifica porque «vino al mundo la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre» (Jn 1,9).

Él, «lleno de gracia y de verdad», disipa la noche del pecado y la duda del corazón del hombre. Él viene a nosotros como la aurora, transformando las tinieblas en luz e inaugurando en nosotros la vida nueva, la que nos eleva al estado sobrenatural y nos empuja a realizar en nosotros mismos el misterio de la encarnación porque...«la fe que profesamos con nuestros labios ha de ser atestiguada por nuestra vida».

En su Hijo Jesucristo y como fruto de su nacimiento, el preso, el huérfano y la viuda han encontrado ayuda en él; de él han obtenido la salvación el ciego y el cojo. Dios está en medio de su pueblo como defensa segura, ha establecido la paz en sus confines y sacia a su pueblo de todo bien. La alabanza divina refluye sobre todo.

La luz de Dios, en vez de eclipsar el universo, se desborda sobre las cosas y las ilumina, se difunde por todo lo creado y lo glorifica. Todo el Misterio de Cristo se recapitula en el amor y el amor de Dios se revela en la historia bajo un nombre: Jesús. Desde la encarnación, el amor que bulle en la Trinidad se derrama sobre los hombres por medio del Corazón de Cristo muerto en la cruz, de modo que, cuando Dios se enamora de las criaturas, lo hace a través de un corazón sublime y, a la vez, amasado de humanidad como la nuestra.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO II "NAVIDAD" "C"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Eclesiástico 24, 1-2. 8-12

La sabiduría hace su propia alabanza encuentra su honor en Dios y se gloria en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca y se gloria ante el Poderoso. «El Creador del universo me dio una orden, el que me había creado estableció mi morada y me dijo: "Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel".

Juan 1, 1--18



En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros...A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.